

Conversemos

A los obreros

¡Cuántas veces en esos cortos cuanto dolorosos intermedios de tristeza, en que el desaliento señorea fugazmente las cuadrigas de la voluntad, me he preguntado si no os hacemos más bien daño quienes de vuestro derecho os conversamos llevados por el afán nunca extinguido de libertad y de altivez!

Os veo pasar á mi lado en el trajín de todos los instantes, indiferentes á las cosas que en torno se realizan, mascullando algunas de las frases sonoras con que vuestros falsos amigos os regalan cuando os acercan la alcancía de sus antojos. Y al veros así aislados, y al contemplaros así inconscientes de vuestra verdadera situación en la vida, me parece que sois niños en cuyas manos se ha intentado poner un juguete peligroso.

Los críticos pertinaces de nuestro empeño, que desde los miradores de su dicha rien de la procesión de nuestros idealismos misericordiosos, á ratos parece que acertaran.

No hay tal proletariado entre nosotros, dicen á gritos los contentos de la vida. En nuestra joven sociedad, nadie perece de hambre. Ni los holgazanes, que siempre hallan amparo en el Estado ó en el sentimentalismo de las gentes. Por la puerta del mérito, han entrado aquí hasta las más grandes alturas sociales y políticas, los hombres esforzados que han querido surgir. Entre los estadistas de más fuste y los acaudalados de mayor rumbo, entre los profesionales más eminentes y los industriales más afortunados, descuellan los hombres más oscuros en su origen. Nadie cortó las alas de su vuelo. Nadie se interpuso en su avance hacia la meta. ¿Qué más pretenden los humildes?

Además, con raras excepciones, el trabajo aquí no es esclavizante. A nadie se tiraniza, á nadie se explota. Y casi siempre son precisamente los patronos quienes caen bajo la tiranía de sus obreros.

Cuando así discurren los dichosos y os miro pasar beodos á veces arrastrando la vida con desprecio, tentado estoy de decir á aquellas gentes: tenéis razón, son ellos los culpables.

Pero no, que al cabo se aleja de mi pensamiento la amargura y el sol de la esperanza enciende en mí la hoguera de sus resplandores.

Ya sé que la cuestión social entre nosotros es bien diferente de la que en tierras europeas tiene planteados é insolubles todavía los arduos problemas de la vida proletaria. La fertilidad de nuestro suelo y la benignidad de nuestros climas; la ausencia en nuestro ambiente del miasma aristocrático y la división tradicional de nuestras propiedades, nos han puesto en la mejor de las condiciones para formar la nacionalidad ideal, aquella en cuyo seno puede y debe realizarse el reinado de la Justicia y de la Paz.

Pero sé también que esas imponderables condiciones van modificándose gradualmente, y que el acaparamiento de las tierras por un lado y la creciente exacción de los gobiernos que va chupando con no saciada codicia la savia de los productores, llevarán nuestro problema social á un campo parecido al en que se debaten los dolores de las masas desheredadas en Europa. Hoy mismo en los campos de la Justicia, vuestro lugar es muy otro del que ocupan cuando caen ó cuando demandan amparo, los hijos del bienestar social.

Sí, vosotros abriréis al fin los ojos á la verdad. Comprenderéis al fin que la lucha se acerca, cuando sintáis sus primeras embestidas, y os aprestaréis á ella con la más edificante de las energías.

Aun no habéis sentido en todo su rigor las necesidades del combate. Por eso os encogéis de hombros y no hacéis los esfuerzos á que estáis obligados, en el sentido de vuestro mejoramiento.

Marchad tras la verdad sin miedos y sin vacilaciones, mas no corráis des-